

Relatos oaxaqueños de encuentros con personajes malignos

Los relatos tradicionales tienen la propiedad de recrear las creencias de la gente que habita en determinadas poblaciones. A continuación, reproduzco cuatro relatos que recopilé en junio del 2012, en la población huasteca de Los Naranjos, en el estado de Veracruz.

Isabel Vásquez García fue la narradora. Se trata de una mujer de 96 años de edad, originaria de San Pedro Jilotepec, Oaxaca. Vivió en su pueblo natal hasta los 17 años. Sus padres, Juana y Julio, vivieron 85 años aproximadamente y nacieron y murieron en esa misma población.

A la edad de 17 años, Isabel se casó con José Francisco Cruz Martínez, originario de San Bartolo Jilotepec, con quien se mudó y vivió durante doce años en Jalapa del Marqués, también Oaxaca, al tiempo que sus hijos estudiaban la primaria. Posteriormente, Isabel se trasladó a la ciudad de Oaxaca con el fin de acompañar a sus hijas mayores, que deseaban continuar sus estudios en la capital del estado; a pesar de ello, nunca dejó de viajar a Jalapa, Oaxaca y sus alrededores.

Para la recolección de los relatos utilicé una cámara de video y le pedí a la narradora que me contara cosas sucedidas en los lugares en los que ella había vivido. Yo tenía previsto seguir una guía de preguntas que había preparado con base en algunas historias que le había escuchado anteriormente, al convivir con ella. Esta guía se vio interrumpida y modificada en diversos momentos por la intervención de los hijos, nietos y bisnietos de doña Isabel, quienes se acercaban a escucharla con una silla para sentarse. A lo largo de la entrevista, la narradora no siempre tomó en cuenta los comentarios que hacían de manera espontánea sus familiares, pero en algunos casos despertaron su memoria y enriquecieron las historias.

Los cuatro relatos de doña Isabel son parte de su herencia familiar: su abuelo se los contó cuando era niña y vivía con él. Los dos primeros, “El hombre del pozo” y “El relámpago”, se inscriben en la categoría de cuentos; los dos últimos, “El águila de dos cabezas” y “El compadre”, en la de leyendas.

Los primeros tienen la cualidad de recrear la vida cotidiana y ciertas creencias de familias istmeñas —“Donde está el mal, pasan cosas feas” —, dejando espacio a la imaginación y a la duda sobre la veracidad de dichas historias: “Antes así era, pura creencia, pero ¡quién sabe si fue cierto!”. Isabel usaba frases como: “¡Quién sabe dónde pasó!”, “donde quiera era eso”, “no recuerdo cómo me dijo mi abuelo”, o “en todos los pueblos de los alrededores había historias de aparecidos, nahuales, cosas así. Era para que tuviéramos cuidado, pero ¡quién sabe si fue cierto!”.

En todo caso, las palabras de doña Isabel, en la introducción y cierre de los cuentos, dan realismo a las historias y un tono de duda que deja ver que el cuento pudo ser real.

“El águila de dos cabezas” es una leyenda de San Miguel Jilotepec que narra cómo sus pobladores se fueron a San Pedro con su santo patrono. Si bien Isabel conoció la leyenda por su abuelo, que había sido testigo de los acontecimientos cuando era joven, nos narró la versión que le contó su padre. “El compadre”, por último, es una leyenda que le contó su esposo; se trata de un acontecimiento en el convento de San Bartolo Jilotepec.

BEATRIZ ELIZABETH NAVA CRUZ

1. [El hombre del pozo]

Dicen que antes así era. Todos los recién casados dicen que luego les decía la autoridad:

— ¡Ah!, ustedes son casados, formen su ranchito.

Y entonces ya iban a buscar al monte, en donde hay aguaje, donde hay guiguu [?], donde hay... donde pueden tomar agua, pues, se iban. Dondequiera era eso.

Uno dice que hizo su rancho, pero luego fue nombrado de algo ahí en el municipio, de autoridad. Dicen que cada domingo, cada sábado iba al pueblo, y se quedaba la mujer en el rancho, solita. Ya la mujer, pues, ya se iba su esposo, y se ponía a acarrear el agua, su leñita, lo que fuera.

Cuando llegaba adonde tenían su pozo, ahí está sentado su marido. Dice que le decía:

– ¡Oyes, tú! ¿Por qué no te fuiste al pueblo?

– No, dice que le decía, me dio flojera.

– ¿Y por qué no llegaste a la casa?

– No, porque ¿cómo sé que vas a venir a traer agua? Te estoy esperando acá, decía el hombre, su pareja, pues.

Y todos, todos los sábados, los domingos, hacía eso.

Pero un día dijo su esposo:

– Ahora no voy a trabajar, ahora voy a componer mi guarache. Ya está todo roto, mañana voy a trabajar.

– Bueno, dice que dijo la mujer, está componiendo su guarache.

Y se le acabó el agua, y agarró su cantarito y se fue a traer agua. Cuando llegó al pozo, ahí, en el aguaje, ahí estaba sentado su marido.

– ¡Oye!, ¿qué no dices que estás componiendo tu guarache? Por eso no te hablé, porque veo que estás apurado.

– No, dice que le dijo, te vine a ver.

Y cuando llegó en su casa, ya estaba ahí, está trabajando su marido, componiendo guarache. Entonces dice que dijo la mujer:

– ¡Oh!, ¿no eres tú que estuviste allí en la aguaje?

– ¿Por qué?, dice.

– Sí, ahí estabas sentado.

– Estás loca tú, dice que dijo el hombre. Si yo no he salido.

– Pero ahí hablaste conmigo, ahí estabas.

– No, dice que dijo.

– Entonces, ¿quién era?

– Pues yo no sé, pero yo no me he levantado.

Ya se puso a pensar el muchacho. Entonces dice que lo fue a ver. Cuando llegó ahí, en el aguaje, ahí estaba el hombre, a esa hora, que lo regañó:

— Tú, dice, ¿por qué andas enamorando a mi mujer?, dice que le dijo.

— No es cierto, yo no estoy enamorando a tu mujer. Ni te conozco, dice.

— No, ella ya me dijo, dice que dijo, tú siempre la andas siguiendo.

Y se embarazó la mujer del que la enamoraba. Ya cuando se embarazó, lo tuvo a la criatura. Dice: pero güero, güero era la criatura, dice. Mmm, pues, dijo el muchacho que no era su hijo, ni la muchacha. Dijo:

— Este no es mi hijo, no es nuestro hijo.

Fue entonces que ella...:

— Pues será de aquel hombre que me iba a enamorar en el pozo, en el aguaje.

Ya la criatura ya estaba como de un año. Ya hablaba, ya caminaba, ya todo, pero él, el muchacho nadita lo tenía cariño, ni la mujer. Entonces dice que dijo:

— ¿Cómo le haré hora para que esta niña (era mujer), dice, esta niña se me desaparezca? ¿Cómo será bueno? Porque mi mujer se va a enojar si lo hago en su vista. Lo voy a mandar a otro lado para que yo lo mate, dice que dijo. Ya le dijo:

— ¿Sabes qué?, vas a ir al pueblo a traer esto.

A esa hora agarró el hombre la criatura y lo mató de estacado, dice, así lo mató. Murió, no lo criaron, murió el chamaquito. ¿No qué era una niña?

Pero fue cierto, dicen, antes pasaban cosas muy feas.

2. [El relámpago]

Esta es una mujer sola que tenía una hija. Y la mamá iba a traer de comer, se iba pues, pa todo el día. Pero ahí adonde fue a andar le entró la noche, un pueblo, y ya se vino a ver a su hija. Cuando dice que ya le entró la noche, le agarró el agua, oscuro, no veía su camino, venía el relámpago. A esa hora dice que venía y caminaba rápido, y así iba avanzando. Pero en ese camino dijo:

— ¡Ay!, dice, si ese relámpago que viene alumbrara todo mi camino, nada le hace que pierda yo a mi hija. La voy a dar, dice, que me alumbré nada más.

Y, bueno, y así dice que llegó, cada ratito el relámpago la está alumbrando.

Pero ya tenía mucho tiempo, dice, ya la señora ya no se acordaba, cuando dice que llega un hombre muy decente. Le habló:

— ¡Señora!, dice, ahora vengo por lo que me prometió usted.

— ¿Yo?, dice que dijo. ¿Qué te prometí? Ni te conozco, dice que le dijo.

— ¿No me conoce usted?

— No, dice que le dijo.

— Pero usted me prometió una cosa grande, una hija, dice que le dijo. ¿Y su hija, dónde está?

— Ya viene, dice. ¡No!, dice que le dijo.

— ¡Sí!, dice. Acuérdense cuando venía aquel tiempo, venía en el camino, dice que le dijo. Yo fui quien le alumbré.

— ¡Ah!

A esa hora dice que se acordó que sí.

— Pues, bueno, dice, ni modos. Ya le prometí, le voy a dar.

Ya lo llevó a la muchacha el hombre. Se fue.

— Despidase de su hija, dice, porque no lo voy a traer.

— Bueno, dice.

Ya se fue la muchacha. Pero ya tenía mucho tiempo cuando ya llegó, llegó con su mujer, que era la hija de la señora. ¡Uhhh!, alegre hicieron fiesta, ya llegó la muchacha, su yerno, ¡muy contenta!

— Ya me vine, dice que dijo el hombre. Ya no voy a andar, ya aquí voy a estar con ustedes, dice.

— Bueno, dice que dijo, aquí vamos a vivir. Sí, dice, aquí voy a trabajar.

Ya empezó a trabajar.

Ya dijo la mujer con su mamá:

— Mamá, dice, no se vaya usted a asustar, dice. Cuando llegue mi marido ahí se va a poner, dice. Se va a llenar aquí arriba, dice.

— Bueno, dice que dijo.

—No se asuste usted.

—No, dice que dijo.

Se fueron.

Cuando llegó su hija, llegó el hombre, pero una serpiente era, no era gente. Se puso, colgó la cabeza. Dice que lo veía la señora.

—No tenga usted miedo, mamá, no le va a hacer nada, dice que decía la mujer. Pues así vivía allí, dice.

Pero, antes, dice que cada que salía, dice, cargaban una cajita, era un cajoncito de madera, dice, bien hecho, dice. Entonces dice que le dijo:

—Mamá, esta cajita que usted guarda, cuidado lo va usted a abrir. Lo ve usted que lo cuida mucho este. ¡Cuídelo!

—Bueno, dice que dijo la señora.

Lo agarraba ella, y ellos dice que se iban según a trabajar.

Pero un día, dice, la señora le inquietó y abrió la cajita. ¡Y saltan...! Eran culebritas, dice, tres culebritas salieron de ahí, dice. Y esos animales dice que llegaron adonde estaba su padre.

—¡Ay!, dice que dijo, ya mi mamá ya abrió la cajita.

Ya lo agarraron l'animales, dice. Uno no lo encontraron, se escapó. Ya llegaron, ya llegaron. Dijo:

—¿Por qué abrió usted la cajita?

—Es que yo lo quería ver.

—Pero yo le dije que no. Ya se enojó mi marido. Ahora sí ya se va a ir, ya no va a regresar, dice.

Y se fue ya. ¡Jamás regresó! Ahí se terminó el cuento.

[—Y las demás culebritas, ¿adónde quedaron? ¿Se las llevaron?]

Pero uno, uno, uno, uno que dicen que se escapó, no recuerdo donde quedó. Se hizo una lagocha [?] grande, creció el animal, allí se quedó. Cuando se fue hizo mucha lluvia, mucho derrumbe. Se fue el animal, ese era el hijo del rayo.

Antes así era: pura creencia.

3. [El águila de dos cabezas]

En Pueblo Viejo, un lugar que se llamó San Miguel Jilotepec — ahí mismo, de San Pedro se camina otro poco, como media hora, creo —, vivía poca gente en ese lugar.

Cuando, de repente, dice que llegó un animal. Era águila del tamaño de un guajolote macho, dicen, pero tenía dos cabezas. Llegó en donde está el peñascote, un peñasco grande. Allí vivía, allí llegó el animal.

Cuando volaba ese animal de ese peñasco, caía allí, se levanta la criatura y se los comía. Lo llevaba allí en el peñasco, allí se los comía. Pero ya no podía criar la gente chamaquito de ese tamaño [la narradora señala a la altura de su cintura]. Cuando salía afuera, es que ya llegaba ese animal, nada más está viendo el animal a qué hora va a salir una criatura. Ya volaba, llegaba, se lo llevaba. Cuando gritaba la criatura es que ya se lo había llevado.

Y entonces dijeron:

—¿Cómo le vamos a hacer? ¡Ya era mucho animal! ¿Cómo le vamos a hacer con ese animal? ¡Ya no se aguanta! ¡Ya está comiendo mucho a la criatura! ¡Ya no crece!

—Pero ¿quién va a subir en el peñasco? Está muy alto, está muy feo.

Pues pudieron subir, con escalera, con mecate, solamente Dios. Empezaron a echar lumbre: atacaron yerba, hoja, palo, vara, para que agarró fuerza la lumbre. Lo quemaron, ahí murió el animal. Lo quemaron, así lo perdieron.

A esa hora se cambió el pueblo y se fue adonde está el pueblo, pero el patrón era san Miguel. Ahí está el san Miguelito en la iglesia de San Pedro, el que quitaron allá.

Y entonces, según, no creían que era cierto. Pero dice mi papá que un día andaba él tanteando, dice. Entonces, dice que cortaban mucha palma para escoba y lo venían a vender ahí a Jalapa. Y se fueron a cortar palma para escoba. Cuando lo vio, dice, cortaron adonde está el palo, el ocote, cortaron lo que quemó esos animales. Y a esa hora es que agarra y dice:

—Lo voy a ver.

Y sí, dice que dijo. Cabecita de criatura, dice. Había, dice, bastante cabecita.

No fue cuento, me dijo mi papá, fue cierto, fue verdad. Pero así lo perdieron el águila, lo quemaron.

4. [El compadre]

Pero dice que una vez... Bueno, esto me lo contó a mí tu abuelo,¹ estaba trabajando con su papá, trabajando estaba, dice, cuando dijo:

– ¡Ay, hijo!, ya me cansé, ya no quiero trabajar, dice que le decía. Aquí hay un convento, dice que dijo, donde la gente va a pedir dinero con el Compadre.

– ¿Y sale?, dice que dijo tu abuelo.

– Sale, dice. Lo ve la gente.

– Pues vamos, dice que dijo.

Él era un chamaco, dice. Lo vio, dice.

– No me lo contaron. Lo vi, dice.

Y bonito está adonde está el convento. Es un convento grande. Cuando llegó allí, dice que dijo:

– Tres veces deben de decir “Compadre” donde está el convento, dice que dijo.

Dice que dijo:

– ¡Com-pa-dre! ¡Com-pa-dre!

El último palabra que dijo:

– ¡Com-pa-dre!

Cuando sale el Compadre.

– ¡Ave María Purísima!, dice que dijo, dijo [su] papá.²

Sale el Compadre, dice que una tremenda serpiente, llena de monedas. Su cuerpo brillaba.

¡Que sale [su] papá...! ¡Uhhh!, corrió [risas].

– ¿Y tú corriste también?, le dije.

– Sí, detrás de mi papá, pues me dio miedo. Lo vi al animal.

¹ Doña Isabel le cuenta esta leyenda a su nieto.

² En la narración original: *tu papá*.